

ECH



EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA

**#3 LA VENGANZA
SE SIRVE TIBIA**

#Capítulo3



***La venganza
se sirve tibia***

Hice “clic” al botón rojo para terminar la llamada con el corazón bombeando como si fuera la sala de máquinas de un transatlántico; bum, bum, bum ...

Parecía que ese motor que alimentaba mis arterias y venas, en un circuito cerrado sin fin, fuera a saltar de mi caja torácica para alcanzar al maldito cura a golpe de pulsación.

El mismo “bum, bum, bum” lo sentía en las sienes, en las venas de las muñecas, y hasta en los talones.

El oxímetro estaba atolondrado y el depurador de aire tuvo que aumentar la frecuencia porque mis bocanadas convertían el oxígeno en dióxido de carbono a una velocidad demencial.

Poco a poco el monitor fue devolviendo una forma de frecuencia cardíaca más acorde con un humano normalito, y dejé de sentir la presión en las sienes.

Volvía a poder pensar, sin excesos, sin premura, sabiendo

que tenía el objetivo encañonado milimétricamente.

Lo primero era asegurarme de que el cura recibía mi regalo en su domicilio, en soledad. No quería víctimas colaterales, el fuego amigo o cruzado siempre me pareció un error de cálculo, pero, sobre todo, un derroche.

Tenía que poner sensores o incluso cámaras para tener al cura completamente controlado. Como se ganaba la vida gracias a las comunicaciones, tendría un buen servicio de telecomunicaciones y por ahí, por esa debilidad, le iba a meter el topo.

Rastreé y di con el clavo: el padre usaba una pequeña compañía que recompraba circuitos. Un cambio de router era la excusa perfecta para entrar en su hogar y meterle mi caballo de Troya.

A través del router le metería un driver para tener la cámara del ordenador encendida a mi voluntad.

Ese era el primer paso y había que planificarlo bien. Llamé por un segundo circuito al cura modificando la voz con un sintetizador.

- ¿Señor Loyola?
- Si, al aparato.
- Somos de la compañía de telecomunicaciones x\$%&/() – somos muy comedidos con la confidencialidad y el nombre de la compañía no se dice –. Tenemos que hacer un cambio de router por obsolescencia. ¿Cuándo podemos acercarnos a su domicilio?
- Qué extraño, me lo han cambiado ustedes apenas hace un par de meses.
- Tiene usted razón, pero ha salido con un error de fábrica y los estamos cambiando todos de nuevo – improvisé –. Le puede dar problemas de velocidad y el firewall es incompleto.
- Bueno, como ustedes digan. No soy técnico. Por las mañanas estoy en casa hasta las doce más o menos. Luego salgo a mi labor pastoral.

- No sabíamos que era religioso. ¿Prefiere otro tratamiento o seguimos llamándole señor Loyola?

- Señor Loyola está bien, no hay problema.
- Entonces, señor Loyola, ¿le viene bien pasado mañana a las 10h de la mañana?
- Perfecto, pasado mañana estaré en la casa sin problema.
- Le paso el número de ticket para que confirme que el gestor que le hace el cambio es el correcto: 452791261957.
- ¡Pues si qué tienen ustedes tickets abiertos! ¿Lo puede repetir? No he tenido tiempo ni de coger un lápiz – protestó el padre con algo de sorna.
- Sí, naturalmente, 4 5 2 7 9 1 2 6 1 9 5 7. Se lo envío por SMS para que no lo olvide. A la línea que tiene con nosotros, ¿verdad?
- Sí, al número terminado en 365.
- Perfecto, ya lo tenemos todo. Confirme que le ha llegado el SMS.
- Espere, todavía no ha llegado.

- Salga y entre de la aplicación de SMS.
- Ahora ha llegado.
- Dé un clic al enlace que viene al final del mensaje para aceptar el servicio.
- Naturalmente, espere un momento ... Y he entrado. ¿Algo más?
- No, ya está todo, señor Loyola, nos vemos en menos de cuarenta y ocho horas.
- Muchas gracias.
- Muchas gracias y que tenga un buen día.

Estaba exultante, no solo le iba a cambiar el router, le había metido un troyano en el celular que no se lo saltaba un gitano.

Con mi topo en su móvil iba a saber qué decía, cuándo lo decía y hasta porqué lo decía.

La cámara la iba a utilizar como mi segundo nivel de seguridad para no fallar. Lo tenía todo pensado.

Envié una orden de trabajo a la compañía de teléfonos del cura para confirmar la cita y envié el router topo a la delegación del trabajador con el código: 452791261957.

Lo había cuadrado todo.

Sólo faltaba rematar.

Aunque sabía que era perfecta, que nada podía fallar, sentía una angustia tremenda en el pecho. La pantalla me devolvía niveles normales de pulsaciones, de oxígeno en sangre, y de adrenalina, pero yo apenas podía respirar de la emoción de tener tan cerca el objetivo.

Ahora era el momento de pensar en cómo deshacerme del cura para siempre y dolorosamente. No podía ser nada sencillo, tenía que ser retorcido y maquiavélico, pero que a ojos de un tercero pareciese una simple y tonta casualidad. Como caerse por una escalera mojada y abrirse en el cerebro para derramar los sesos sobre el agua clorada. O electrocutarse con la maquinilla de afeitar y dejarse la cara hecha un churasco carbonizado. O caerse por el hueco de la escalera un día que el ascensor decide averiarse.

Algo brutal y torpe al mismo tiempo.

Un accidente doméstico, por ejemplo, que es según las estadísticas la forma más tonta y segura de irse al otro barrio. Eso sí, tenía que ser muy destructivo para que el Creador no le diera el pase al cielo de lo espantoso que lo iba a dejar. No podía tener descanso ni en el más allá. ¡Habrased visto sinvergüenza! Robarle la felicidad a mi Albertito a cambio de váyase usted a saber qué porquerías.

Un poco de seguimiento y al hoyo, rematé en mis pensamientos.

Pero yo seguía febril, aunque el termómetro no arrojara ninguna desviación. Debía ser mi cerebro el que estaba echando humo de ira y ganas de destrucción controlada.

Seguía divagando con la mente fluyendo a espacios de fe y esperanza en la venganza.

Y que forma mejor de matar que la muerte ridícula, – argumentaba conmigo misma – como cuando te caes en la calle en un socavón. Los espectadores de la tremenda caída tienen como primera prioridad aguantar la risa, luego reír a escondidas y si alguno es capaz de mantener cierta compostura, corre a sacar del abyecto hoyo al que ha provocado la risa idiota.

El padre Loyola moriría de una muerte boba como electrocutarse con un conector USB, sentenciaba mentalmente. Esperaba ansiosa la instalación del router que desencadenaría el caos en la teleparroquia para telematar al teleconfesor que un día arrebató la telefelicidad de mi Albertito con maniobras arteras y telejesuíticas.

Con razón el mayor de los jesuitas era conocido como el papa negro, o como yo lo había bautizado: el papa de la red oscura.

Rewind, rebobinar, rebobinar. Estoy corriendo mucho y la venganza es la recompensa de los que no tienen prisa. Hay quien dice que solo son libres los que rompen el hilo invisible que les mantienen conectados con sus víctimas o verdugos.

Pero yo no creía en eso, yo era fiel creyente del Antiguo Testamento; ojo por ojo, diente por diente.

Las horas pasaron lentas o rápidas, pero para mí, el elixir de la venganza las hacía placenteras. Porque no perdía hito en seguir pensando y regodeándome en la venganza. Y en horas, minutos y segundos, podría ver la cara del cura transgresor. Esa imagen iba a ser objeto de sacrilegios de Photoshop para tranquilizar mi alma, mi venganza y mi amor propio.

Un pitido largo, lánguido y excitante me despertó. ¿Cuántas horas habían pasado? ¡Y a quién le importaban! El tiempo

gastado bien invertido estaba.

El pitido era el aviso de que el cura había sido violado, disculpen el vocablo. En realidad, era su hogar o teleparroquia los violados y ambos ahora me pertenecían. Había entrado en su servidor, en su cámara y en su minúscula y asquerosa existencia.

El celular solo me daba información de alarmas y ubicación. Era un dispositivo antiguo que avisaba al padre de las llamadas realizadas y los correos recibidos. Para verlos, el padre tenía que abrir su tablet o el ordenador, por antigüedad o por presbicia del prelado.

El ordenador era un regalo del infierno. Tenía una cámara de puta madre – perdonen mi lengua disipada –, que me permitía vigilar cada paso de los pasos que el cura daba, pero en 3D y Triple Play. Y que me perdone por segunda vez el diccionario, pero de puta madre era mi vigilancia también.

El cura se pasó la mañana en tres teleconfesiones hiper aburridas. Una madre que había engañado a toda la familia dando de comer un sucedáneo de chocolate durante lustros a su parentela hasta que un día compró chocolate de verdad y se cargó a cuatro hijos y diez nietos que no pudieron soportar la pureza.

Soltaba unos hipos espantosos mientras comía y comía chocolate para arrojarse en manos de la muerte, pero la muy-muy no tenía ni una misera alergia y solo había conseguido aumentar el nivel de colesterol y la frecuencia de granos sebáceos.

El segundo sujeto era un adolescente que confesaba al padre sus dos grandes debilidades como un mantra. Era ladrón y algo drogadicto, pero acudía diariamente a la teleconfesión con la confianza de que el arrepentimiento que sentía le librara del infierno. Mientras esperaba el cielo confiado en el

arrepentimiento del último minuto, sacudía periódicamente unas tremendas somantas de palos a su pobre madre y viuda, golpes a la altura del premio Guinness, que dejaban a la vieja aparcada en un hospital público durante meses mientras él se desintoxicaba. Era tal el vicio que tenía que no paraba en mientes de apalear a la pobre madre para sacarle los últimos cuartos cuando el mono le dominaba, le contaba contrito al padre, con saliva y mocos congestionando un discurso ya de por sí bastante baboso.

El tercer pecador era un empresario que aspiraba a ser Elion Musk español, pero de la crónica negra. Había clonado a sus trabajadores robándoles el ADN. Había perfeccionado el ADN de los infelices trabajadores eliminando la falta de interés en el trabajo y maximizando los tocs obsesivos de terminar de forma perfeccionista cualquier tarea, incluso matar, corromper o esclavizarse.

Luego había liquidado a esos trabajadores, donadores anónimos de su ADN, que eran latosos hasta para desaparecer. Primero los había tentado con un moderado finiquito, pero al no aceptar su escasa oferta y ponerse pesados, los había invitado a comer y los había envenado con un almuerzo de a quinientos euros el cubierto basado en tóxicos de serpiente mezclado con carnes de lagarto y cerebro de mono. El seguro que tenía a favor de ellos había pagado la fiesta.

Sin embargo, no todo era muerte y destrucción. Fiel a la tradición, se acostaba con su secretaria clon a quien había modificado también el ADN para ser una garganta profunda sin límite.

El padre Loyola a todos los asesinos, incluidos pervertidos e inmorales, les daba la absolución con el jarabe pegajoso de consejos y epítetos nauseabundos denominándoles hijos de Dios.

El aceite y miel de aquellos tarambanas empezaba a colmar la sala hermética de mi estancia, pero rápidamente abrí

las esclusas para que ese líquido ponzoñoso no afectara a mis ya averiadas arterias, y esperé.

La espera es dulce y única, y yo iba a ganar a aquel ingenuo eunuco descarado.

Observé al padre meditaundo, intentando vomitar el horror de las confesiones cuando recibió una cuarta llamada. Un gatito se había fugado de la casa de la tita Flores y estaba caminando por el cable de media tensión que unía el edificio con el transformador. Flaco y desgarrado el gato caminaba por el hilo de acero y goma, de forma elegante, retando al vacío y al miedo de la tita Flores.

El portero le pedía que subiera a la azotea e hiciera entrar en razón al tozudo minino.

Sin dudarlo, el padre Loyola se calzó unos pies de gato – ji ji ji, ¡qué tiene coña! – y un arnés y, creyéndose portador de un deber divino, se encaminó a la azotea.

El teléfono móvil estaba activado para recibir las instrucciones del portero que, al tener un vértigo espantoso, no podía auxiliar al gato. La cámara del artilugio del padre, aunque estaba obsoleta, se dejaba manejar. Tenía todo a mi favor.

El padre subió precipitado, se asomó al vacío y vio al gato. Yo también lo pude mirar a través de la cámara, con el culo cimbreado al ritmo de sus patitas sobre el hilo aislado.

El cura lo llamaba misi-misi y le hablaba dulce. El terco animal no cedía y seguía caminando hasta que el portero apareció con unos higadillos al jerez en un plato. Se los acercó lentamente al padre. Éste los aireó para que el aroma llegara al animal, y el felino se volvió hasta el origen de aquella fragancia mezcla de vísceras, cebolla, ajo, aceite, y buen brandy. El cura se había subido sobre el cable eléctrico intentando

acercar los higadillos al animal, y el bicho esperaba hierático, mirando al padre ansioso, pero sin apenas moverse.

El cable del arnés se cimbreaaba libre al ritmo de los pasos del padre que no lo había asegurado.

El sacerdote empezó a internarse por el cable y el gato se acercó un poco, buscando el plato lascivo.

El padre progresaba decenas de metros y el gato en nanómetros.

El padre hacía mover el cable como la comba de sarga del “corro-de-las-patatas” de las niñas. El gato, cauto, se mantenía impertérrito en ese vaivén.

Ambos se acercaban asincrónicamente, poco a poco.

El cura, nervioso, quería así al gato como a sus almas pecadoras, con el abrazo pegajoso del perdón. El gato no quería ni morir ni arriesgar y esperaba las reacciones del religioso. Este finalmente alzó el brazo para acariciar el pelaje esponjoso del gato y el animal se dejó mimar. A Loyola lo embargó una gran emoción al notar la piel caliente del bicho, hecho que le hizo descuidado.

El aire esquivo y soberbio de las montañas, acompañado de unas nubes negras de mal agüero, bajó presuroso y violento para separar al padre de su presa.

Bamboleó de tal forma al religioso hasta hacerlo desistir de tocar al gato, obligando al pobre cura a amarrarse al cable aislado con manos y piernas.

Cuatro vaivenes a 140km por hora, bastaron. ¿O les parecen pocos?

El cura, con las manos heridas del roce a esa velocidad, tuvo

que renunciar a su presa, o quizás la siguió en su caída, para no perderla. Quizás nunca lo sabremos hasta un análisis pericial de la proeza.

Soltó el cable para caer como un pastel de papas a la calzada. Los coches frenaron al ver el bulto y la calle se llenó de curiosos.

Lo registré todo a través de la cámara herida del móvil, mientras la gravedad acercaba peligrosamente el celular al suelo. Esperaba el choque y el crujir seco del otoño de la canción de la más grande, pero el choque real me sorprendió, como un chasquido en mi esqueleto.

El último frame que recibí fue el de un gato espatarrado en la acera y mi cuerpo, perdón, el cuerpo del pater, presto a aplastarse sobre el minino.

El cura y el celular habían aterrizado sobre el gato, y no había ninguna imagen ni sonido adicional.



Al cabo de diez minutos, la policía llegó y levantó cuerpos y celular.

El sonido de la alarma de una ambulancia me aseguró de que el celular seguía vivo y el cura moribundo. Pero del gato, sin noticias.

Qué cruel era la vida de los miaus por solo ser animales, reflexionaba haciendo patente mi última adicción.

Tendría que esperar noticias del cuarto capítulo para saber qué había pasado.

Estaba exhausta y mis variables fuera de rango.

¡Maldita fuera mi estampa!

Escrito por:

Duquesa de Eboli

 atrabiliario.com/el-cielo-hermetico/

 myrcarromero

 myrcarromero

 @duquesadeeboli

Editado por:

Rediperooficial

 rediperooficial.com

 rediper revista digital personal

 rediperooficial

 REDIPER Revista Digital Personal

Próximamente...

#4 Camino al purgatorio

EL NUDO APRETADO DE LA CORBATA

SAGA: EL CIELO HERMÉTICO

